

Escepticismo

El Bien y el Mal

¡Oh, *Mal!* Tú eres soberbio, poderoso, sublime como un Dios siempre triunfante: Tú dominas en todo; en los espacios, en la tierra, eu los hombres, en los mares. El águila rapaz que sacrifica víctimas sin cesar, reina en los aires; el monstruo que devora en el océano cuanto á su paso vé, reina en los mares.

Los más grandes poemas de la Historia son tus hijos, tus hijos naturales; La Tragedia, el Espanto, la Venganza, el Latrocinio, la Crueldad, el Fraude. Tu cuerpo monstruoso y multiforme como el de la Quimera, es espantable; bellamente espantable, como el cuerpo de un prodigioso Dios ébrio de sangre, como un Moloch, ahito de pasiones y amasado con crímenes geniales. Las estrofas más bellas de la Historia las concibió tu mente inagotable; las cantaron tus labios, con ahullidos y dianas de triunfo, ante los valles en que pastaban las humildes greyes, los rebaños sumisos y cobardes, con regias hecatombes, que infundieron el divino pavor á los mortales!

A los que te siguieron, los premiabas con soberbias coronas imperiales, con las riquezas, el poder, la gloria, la púrpura, el placer, las arrogantes victorias que enaltecen, las hermosas que se fascinan con lujosas artes... ¡Siempre á tus sacerdotes has premiado del mundo en los magníficos combates! ¡Oh *Mal!* tú no eres *malo*, tú eres *bueno*, porque sabes premiar á tus secuaces!



¡Oh *Bien!* El que te estudie imparcialmente, no hallará, entre tus altas cualidades, sinó la resistencia ante el martirio

porque eres inmortal; mas, la que haces es la vida del siervo, en la miseria, con tormentos del alma y de la carne, entre el silencio vil de las mazmorras, bajo los latigazos degradantes! Tus poemas no son sinó plegarias: de tus ojos no brotan fulminantes rayos de luz, sino tan sólo lágrimas de dolor femeníl; tus sienas laten, no con palpitaciones de rebelde, sinó con las angustias que á la sangre da la anemia senil; no hay en tus manos sino actitud de súplica cobarde, y tus lívidos labios no pronuncian sinó ¡misericordia! en sus cantares. Premias á tus adeptos, á tus fieles, á los que te defienden... con el hambre, la cicuta, el tormento, las hogueras, la muerte... y el olvido en las edades! En toda la Creación, son los vencidos: comidos sin piedad por ser leales arrojados á un vil estercolero siempre que airados yerguen tu estandarte. ¡Sólo persisten en la especie humana, porque á despecho de infinitos males, se propagan sin fin, como el arenque para saciar á los demás el hambre! ¡Oh, *Bien!* Tú eres ingrato con los tuyos: ¡los recompensas sólo con crueldades! ¡Oh, *Bien!* Tú no eres *bueno*, tú eres *malo*, pues sólo das dolor á tus secuaces!

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.



Los dos orgullos

Después de cinco años de no verse, volvieron á hallarse nuevamente en el mismo lugar donde se habían encontrado por primera vez en la vida. Ambos se sorprendieron, pues no contaban con un posible tropiezo, como si al separarse, después de tres años de amores, fuera imposible que el destino volviera á colocarlos uno frente de otro. La primera mirada fué en ambas una mirada de

observación. Quedaron satisfechos, pues adivinaron en sus rostros, un gesto de hostilidad, escondido como una espina que se presiente tras la seda tentadora de la flor.

Habían sido los suyos unos amores raros, inencontrables. Un día, ¡bello día!, en aquel mismo parque, él, que vagaba distraidamente á la sombra húmeda del follaje, soñando como siempre, pisó sin darse cuenta la deliciosa punta de uno de los piececitos de ella. Inmediatamente vino el castigo:

— ¡Grosero! exclamó ella haciendo un gesto monísimo de dolor. Él, se paró de repente, enrojeció hasta las orejas y contestó balbuceando:

— Dispénseme pero gracias, ¡es usted tan amable!

Aquello era una lección. Aquel fué el primer desafío. Ambos habían enrojecido y cambiado una mirada de odio. Pero cuando él siguió su camino volvió la cabeza deslumbrado por aquella magnífica cabellera de oro, y ella, toda roja de indignación, lo siguió con la mirada, pues había encontrado en sus ojos negros algo que no olvidaría jamás.

Después, como es natural, vinieron los amores. Eran amores pasionales llenos de explosiones de celos, de reproches y de lágrimas. Al principio se acariciaban dulcemente, pero después alguien encendió la mecha y se trezaban como dos enemigos mortales buscándose el corazón para clavar mejor el acero. Eran dos enemigos, sin duda, que se acechaban, se vigilaban y se herían honda é implacablemente hasta hacer brotar lágrimas de los ojos. Los celos afilaban las armas; cada uno dudaba del amor del otro y la intranquilidad y la tortura retorcián sus almas.

Estos amores extraños, duraron tres años. Un día, él, cansado, destrozado de dolor, fué á ella y humildemente le dijo:

— Mira; es mejor separarnos; no podemos seguir así Y esperaba que ella le dijese que no, y que le echase los brazos al cuello; pero, altiva contestó:

— Bueno; es mejor, ¡sí tú lo quieres!

¡Oh! ¡y como se hubieran destrozado á poder hacerlo!

Estaban frente á frente; él esperando que cediera ella; ella esperando que cediera él. Los dos orgullos triunfaron y se separaron dejando el amor trunco.

Seguío cada uno solo por la vida. Él, para olvidar, besó muchas cabelleras rubias y muchos labios

rojos. Ella, para no recordar, buscó en el fondo de muchos ojos negros el enigma aquel que la había hecho temblar de amor.

Pero ahora volvían á estar frente á frente.

Después de la mirada de observación quedaron ambos á la expectativa, así como dos luchadores que atentos esperan el golpe del contrario. Ella estaba más hermosa que nunca; él más que nunca gallardo.

Después de un hondo y doloroso silencio ella interrogó:

— ¿Eres feliz?

Él iba á confesarle la verdad; iba á decirle toda su dolor y toda su desesperanza, pero reaccionó y contestó simplemente.

— Absolutamente feliz; ¿y tú?

¡Ah! Ella también le iba á contar toda su desventura y toda su desgracia, pero se sobrepuso y respondió:

— Feliz absolutamente.

¡Y cuanto deseo había en ellos de caer uno en los brazos del otro para borrar con los besos y con las bellas lágrimas que hace derramar el amor y la alegría, toda la amargura de sus almas.

De nuevo reinó el silencio y de nuevo el orgullo triunfó. Ella comenzó á decirle porqué era feliz. Entre sonrisas y sonrisas le contó que amaba locamente á un hombre, ¡á otro hombre!, que era el más bello, el más bueno y el más enamorado. Detallaba escenas que eran puñales, y él, cuyo corazón se desgarraba, escuchaba con frialdad el relato. Cuando ella concluyó, comenzó él: También él amaba sin medida; la nueva amada tenía el cabello negro y los ojos castaños y los labios llenos de besos á los que acudía para calmar su sed de amor como á una fuente divina. Y detallaba escenas que eran también puñales. Ella, cuya alma se retorció de dolor permaneció imperturbable. Pero ambos se vieron sufrir hondamente y quedaron satisfechos.

Después cuando agotaron las fuerzas, cuando no encontraron más puntos donde herirse, se despidieron; ¿que más habían de hacer?

— Adios, le dijo ella; que seas siempre feliz.

— Adios le contestó él; que seas dichosa siempre. Y se separaron altivos, ahora sin volver siquiera la cabeza.

Eran todavía enemigos porque se amaban todavía!

ALBERTO LASPLACES.